

FILOSOFÍA Y CRISIS MEDIOAMBIENTAL

Philosophy and ecological crisis

José Antonio Pérez Sequeiros

IES El Palo (Málaga)
jperezsequeiros@gmail.com

RESUMEN

El siguiente artículo tiene como objetivo ser una reflexión filosófica acerca de la emergencia climática. El artículo reivindica que más que una cuestión sociológica o tecnológica, este es un asunto puramente filosófico pues se trata de definir el lugar del hombre en la naturaleza y su relación con el resto de los seres vivos. El escrito aspira también a ser una reflexión sobre conceptos clave de la reflexión filosófica sobre este asunto, tales como antropocentrismo, antropoceno o la teoría de Gaia. Además, también pretende conectar la crisis medioambiental con el pensamiento de la tradición filosófica clásica y contemporánea.

PALABRAS CLAVE: CRISIS ECOLÓGICA; ANTROPOCENTRISMO; ANTROPOCENO; GAIA;

ABSTRACT

The following article aims to be a philosophical reflection on the climate emergency. It argues that, more than a sociological or technological issue, this is a purely philosophical matter, as it concerns defining humanity's place in nature and its relationship with other living beings. The writing also aspires to reflect on key concepts in philosophical thought on this issue, such as anthropocentrism, anthropocene, and the Gaia theory. Furthermore, it seeks to connect the environmental crisis with the thought of both classical and contemporary philosophical traditions.

KEYWORDS: ECOLOGICAL CRISIS; ANTHROPOCENTRISM; ANTHROPOCENE; GAIA;

Fecha de recepción del artículo: 03/03/2026
Fecha de aceptación: 24/03/2026

Citar artículo: PÉREZ SEQUEIROS, J.A. (2026): *Filosofía y crisis medioambiental. eco. Revista Digital de Educación y Formación del profesorado*. nº 23, CEP de Córdoba.

“El *“control de la naturaleza”* es una frase concebida en la arrogancia, nacida de la Edad de Piedra de la biología y la filosofía, cuando se creía que la naturaleza existe para el provecho del hombre”.

Rachel Carlson, *Naturaleza silenciosa*, 1968

Este escrito tiene por objetivo ser una revisión crítica, en clave ecológica, de los contenidos de la asignatura de filosofía e historia de la filosofía. La redacción del mismo nace, por un lado, de la necesidad de abordar desde un punto de vista de filosófico la emergencia climática y el nuevo paradigma que está imponiendo el Antropoceno, y, por otro lado, de una constatación más de orden práctico, y es cómo en el debate sobre la emergencia climática o la crisis medioambiental, la voz de la filosofía y los docentes filosofía es débil, y el espacio es antes ocupado por tecnólogos, biólogos o especialistas de las ciencias sociales. A mi entender, esta es en esencia una cuestión de orden eminentemente filosófica, pues se trata de reubicar el puesto del hombre en el universo, y muy especialmente sobre su relación con el resto de los seres vivos y el planeta.

Si como afirmó Hegel, en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía universal*, *La filosofía es su tiempo expresado en conceptos*, entonces, el tema de nuestro tiempo, tomando prestada la expresión de Ortega, no puede ser otro que el desafío de la crisis medioambiental, la inaplazable emergencia climática, lo que en palabras de Jorge Riechmann es el siglo XXI hoy, el Siglo de la Gran Prueba.

Esta inquietud por el medioambiente y los desafíos climáticos, no quiero dejar de mencionarlo, son recogidos en la LOMLOE, que menciona entre sus objetivos “*fomentar una actitud responsable y comprometida en la lucha contra el cambio climático y en la defensa del desarrollo sostenible*”. Y la misma asignatura de filosofía tiene entre sus competencias específicas; “*Analizar problemas éticos y políticos fundamentales y de actualidad, mediante la exposición crítica y dialéctica de distintas posiciones filosóficamente pertinentes en la interpretación y resolución de los mismos*,”

para desarrollar el juicio propio y la autonomía moral". Además, en los saberes básicos de la asignatura se explicita el abordaje de las grandes cuestiones éticas de nuestro tiempo: los problemas ecosociales y medioambientales; los derechos de los animales y las cuestiones ecosociales, entre otras.

Y, sin embargo, ya vamos tarde. Vamos tarde los humanos en la tarea de remediar, en lo posible el desastre ecológico, y vamos tarde los docentes de filosofía en incorporar a nuestro discurso reflexiones sobre lo que está pasando, sobre lo que nos está pasando. El pensamiento ecológico, no tiene que ver con la ciencia o la tecnología en exclusiva, sino con esa feliz expresión de lo que se ha llamado las humanidades ecológicas, esa oportunidad de reconciliar los saberes humanísticos y científicos, funestamente divorciados desde hace tiempo, creando sinergias para abordar una nueva relación de los saberes humanos frente al colapso ecológico. Como afirma Timothy Morton *"El pensamiento ecológico tal vez sea muy distinto de lo que suponemos. No tiene que ver con la ciencia de la ecología, tiene que ver con el arte, la filosofía, la literatura, la cultura y la música"*¹.

Eso que se ha llamado el Nuevo Régimen Climático, es una sucesión de desastrosos fenómenos, no sólo naturales sino también sociales, generados a una gran velocidad por el efecto de la actividad humana sobre los límites biofísicos del planeta. Por citar sólo algunos: aumento de la temperatura media del planeta, derretimiento de los casquetes polares, aumento del nivel del mar, pérdida masiva de la biodiversidad, deforestación, contaminación de aguas, suelos y atmosfera, proliferación de especies invasoras, pandemias, etc, etc., pero a la vez, también una serie de consecuencias sociales y políticas insoslayables: flujos migratorios, refugiados climáticos, desigualdades sociales, maltrato animal, consumismo

¹ <https://www.elperiodico.com/es/ciencia/20180924/avance-editorial-pensamiento-ecologico-morton-7051539>

desbocado, vulneración de los derechos humanos. La lista es desalentadoramente larga².

Baste quizás señalar como un efecto de las consecuencias de esa fuerza geológica en la que se ha convertido la humanidad, algo que el profesor Antonio Campillo señalaba en una reciente conferencia y que saltó a los medios hace solo unos meses, a saber, la alteración del eje de la Tierra en casi un metro, 80 centímetros debido a las extracciones de aguas subterráneas y combustibles fósiles, fenómeno que revela hasta qué punto somos capaces de alterar el planeta hasta en sus niveles más profundos³.

La propia pandemia, hoy tan rápidamente olvidada y de la que tan significativas lecciones íbamos a obtener, es un genuino episodio del Antropoceno, un episodio zoonótico de los que se han ido repitiendo a más y más velocidad, como no se han cansado de repetir investigadores como Fernando Valladares, entre otros. Estos episodios, se explican tanto por la explotación animal (recordemos el mercado húmedo de animales vivos de Wuhan) como por la propia pérdida de la diversidad que provoca un debilitamiento de las barreras naturales entre las especies transmisoras de virus y nosotros. Filósofos como Santiago Alba nos recuerdan cómo el virus nos devolvió a la realidad y nos hizo ver la independencia del mundo, a la vez que generaban en todos, una sensación de profunda irrealidad⁴.

Y es verdad que, a pesar de estos hechos incuestionables, filósofos y filósofas hemos parecido pasar de puntillas por estos temas, perdidos en las “entrañas del ser” y

² Para una visión más exhaustiva, véase *El Antropoceno*, Jose Manuel de Cózar, 2019

³ <https://www.bbc.com/mundo/articles/cpw634gg7w3o>

⁴ Para estas reflexiones y otras, véase, *Covidsofía, reflexiones filosóficas para un mundo postpandemia*, Paidós)

en disquisiciones sobre los metalenguajes. Lo expresa Marta Tafalla perfectamente en su contundente y muy recomendable, “Filosofía y crisis ecológica” .

“Si la filosofía tiene hoy alguna utilidad, radica precisamente en intentar comprender por qué estamos poniendo en riesgo tantas especies, degradando ecosistemas, desmantelando la red de vida que conforma la biosfera (...) Desgraciadamente, no hay muchos filósofos y filósofas trabajando en busca de respuestas y ahí necesitaríamos plantearnos otra pregunta: por qué la comunidad filosófica no se ha volcado en plantearse el porqué más importante “ (op cit pag 50)

Contestar a esta cuestión podría suponer otra comunicación. o incluso otro congreso, lo que sí parece urgente, y en lo que me gustaría centrar lo que sigue mi intervención es en algo que puede ser la respuesta a la pregunta de Marta Tafalla, la necesidad de superar el antropocentrismo, la necesidad de pensar desde fuera de lo humano y más allá de lo humano, de forma biocéntrica y no antropocéntrica, o en el sabio consejo de Jorge Riechmann : *“Filosofía para el siglo XXI : necesitamos un poco más de cosmos y un poco menos de sujeto “* (Simbioética, pg 190)

Voy a centrar mi reflexión en tres conceptos fundamentales, que se presentan entrecruzados. Los tres son horizontes conceptuales en los que se encuadra la Gran Crisis. Estos tres conceptos son: Antropocentrismo, Antropoceno y Gaia. Los tres son ejes centrales de buena parte de un puñado de filósofos que llevan años pensando sobre y contra la crisis medioambiental y los tres llevan a una relectura de la historia del pensamiento occidental en la que, sin duda, está el embrión de la situación actual. Además, los tres llevan a conclusiones que, sin duda, son necesarias y muy fértiles desde el punto de vista filosófico pero que no hay tiempo de abordar en esta comunicación. Estoy pensando en cuestiones como nuestra relación con el resto de los animales y sus derechos, el ecofeminismo o del decrecimiento como alternativa al llamado crecimiento sostenible.

Mi intención es aportar un punto de vista que haga de la enseñanza de la filosofía, por un lado, una visión crítica de la tradición antropocéntrica, dualista y racionalista y por otro, una reflexión sobre la necesaria nueva ubicación del humano en el conjunto de la naturaleza.

El Antropocentrismo o el hombre ya no es la medida de todo

Podemos definir la visión antropocéntrica del mundo como la que concibe a los humanos como el pináculo de la evolución, el criterio con el que medir las vidas de otros seres y ser los legítimos propietarios de todos los demás seres vivientes (Jonathan Safran). En última instancia, el antropocentrismo es la idea de que el humano es la medida de todas las cosas. Una idea que tiene su origen en la antigüedad, se consagra en las religiones monoteístas, se recuperó en el Renacimiento, se refuerza en la Ilustración y la modernidad y se extiende hasta nuestros días. Según Marta Tafalla, la fantasía antropocentrista es uno de los dogmas más arraigados en nuestras sociedades, incluso más fuerte que el capitalismo o el patriarcado, y significa *“concebir básicamente a la Tierra como una caja de herramientas pensando que solo hay una especie cuya vida tiene un valor intrínseco, la nuestra”*. Esta es precisamente la idea que la pionera del ecologismo, Raquel Carlson, ya denunciaba en el año 1968, la idea “de la Edad de Piedra” en la que la naturaleza es un ente básicamente para nuestro dominio y provecho.

En última instancia, el antropocentrismo es una forma de concebir lo humano como separado de la naturaleza. Una forma de dualismo al modo del alma platónica encerrada en un cuerpo sensible o la concepción de la naturaleza humana como sustancia pensante en un mundo de sustancias extensas inanimadas, que obedecen las leyes de la mecánica. Esta idea, alimentada por la religión, es el origen del proyecto científico moderno que arranca en siglo XVII en el que pensadores como Francis Bacon arengan a la conquista de la naturaleza, y a *poner a la naturaleza en el*

potro de tortura para arrancarle sus secretos. La división kantiana entre la ley moral de mi interior y el cielo estrellado en el exterior (libertad/necesidad) lleva al paroxismo esta separación. La visión moderna del mundo reduce la naturaleza a mera extensión inanimada y por tanto, plástica y dominable por el hombre. Como afirma J Riechman de nuevo, *la concepción mecanicista del mundo, no ilumina la realidad, más bien la deforma y la vela* (Simbioética).

Jeremy Lent identifica esta idea, la de concebir al hombre como separado de la naturaleza como uno de los ocho fallos estructurales de las cosmovisiones occidentales. Siglo y medio después de Darwin, todavía seguimos pensando en los humanos como radicalmente distintos y superiores al resto de los seres vivos y hablando de la Naturaleza como algo exterior y ajenos a nosotros mismos. El antropocentrismo es una ilusión narcisista que se empeña en poner barreras entre los humanos y el planeta. Hay, naturalmente en esta visión antropocéntrica de la filosofía y el pensamiento occidental, muchos matices y alguna loable excepción, como la lúcida idea de Spinoza que ya advertía contra la idea de concebir al hombre como un imperio dentro de otro imperio que *más bien perturba que sigue el orden de la Naturaleza, que posee una potencia absoluta sobre sus actos y que no es determinado por nada más que por sí mismo*. (Prefacio a la parte III de la Ética).

Paradójicamente, es la moderna biología y la neurociencia las que parecen validar de nuevo estas concepciones. Los humanos somos organismos integrados que contenemos ecosistemas de otros organismos a la vez que formamos parte de ecosistemas superiores. En palabras de un reciente eslogan ecologista; *no defendemos la naturaleza, somos la naturaleza que se defiende*. Acabar con el dualismo antropocéntrico supone afirmar la continuidad ontológica de todos los seres vivos y reconocer que nuestra vida sería imposible sin la relación metabólica y metamórfica que mantenemos con ellos (A. Campillo, Grecia y nosotros).

No hay tiempo para desarrollar estas ideas en profundidad , pero es justo mencionar que son deudoras, entre otras, del gran trabajo de la bióloga Lynn Margulis y Dorion Sagan que renovaron la visión de la vida anclada en un cruel y competitivo darwinismo y sin romper con él, afirmaron que *la vida es una unidad simbiótica y cooperativa que permite triunfar a los que se asocian* , acuñando el término holobionte como una entidad formada por diferentes especies que se transforma y comporta como una unidad ecológica. Esta idea vincula el microcosmos y el macrocosmos, en el que ya no tiene sentido casi hablar de individuos aislados. Es una nueva mirada a nosotros mismos, o en la acertada expresión de Reichman, supone aceptar la idea de que todos *somos seres holobiontes en un planeta simbiótico*.

El advenimiento del Antropoceno o cómo dejar de ser modernos

El término “Antropoceno” ha ido ganando popularidad en los últimos años como modo de describir el periodo en que la vida en la Tierra se ha instalado. No obstante, el término fue acuñado por primera vez por el nobel de química Paul Crutzen en el año 2000. El término hace referencia, de ahí la raíz *anthropos*, al efecto de la actividad humana sobre el planeta que se traduce en las mencionadas alteraciones (gases de efecto invernadero, calentamiento climático, pérdida de la biodiversidad, etc). No obstante, oficialmente según el tiempo geológico estamos todavía en Holoceno, aunque el término Antropoceno empieza a imponerse cada vez con más fuerza. En cuanto al comienzo del Antropoceno, hay discrepancias. Siguiendo a Cózar Escalante (2019), podemos hablar de tres periodos posibles muy diferentes entre sí, el primero hace entre 10000 y 12000 años coincidiendo con la revolución neolítica y el inicio de la agricultura y ganadería, el segundo en torno a 1850 con el surgimiento de la Revolución Industrial y el tercero a partir de 1945 con el nacimiento de la energía

nuclear, la extracción masiva de combustibles fósiles y el capitalismo de consumo instalado de pleno en la mayor parte del planeta.

Hay otro grupo de pensadores (Haraway, Moore, el propio Bruno Latour) que han propuesto la sustitución del nombre Antropoceno por el de Capitaloceno, pues piensan que atribuir al “hombre” en general la catástrofe climática no es justo, y lo correcto es hablar del modo de producción capitalista y su afán desmedido por el crecimiento a costa del planeta como el verdadero responsable del desastre. Se atribuye a Max Horkheimer la frase “quien no esté dispuesto a hablar sobre capitalismo que calle sobre el antropoceno” y en todo caso, parece que hablar sobre capitalismo verde es un oxímoron.

Pensadores como Bruno Latour han visto en el concepto Antropoceno una fuerza innovadora para desembarazarnos de la vieja imagen del mundo heredada de la modernidad y de todos sus falsos dualismos. Efectivamente, si la humanidad se ha convertido ya en una fuerza geológica comparable al poder de las placas tectónicas (recordemos el ejemplo mencionado anteriormente acerca del cambio provocado en el eje de la Tierra) entonces, la división entre antropología cultural y ciencias naturales se difumina y con ella la perniciosa división entre naturaleza y cultura.

La originalidad de Latour consiste en hacer del Antropoceno un concepto político con el que hacer saltar las costuras de la modernidad. Una modernidad que se ha caracterizado por la instauración una serie de dualismos (*res cogitans* y *extensa*, naturaleza y sociedad, sujeto y objeto, etc) que ahora se revelan falsos desde el momento que el Antropoceno pone de relieve el entrecruzamiento de todos estos conceptos. Por eso “nunca hemos sido modernos” porque no hay una cosa como la naturaleza (la ciencia) por un lado y la sociedad (la política) por el otro, sino una multiplicidad de actores, unos animados, otros no, que tejen complejas interacciones.

Por eso el Antropoceno es un momento nuevo en el que se mezcla lo geológico con lo histórico, dando lugar a la necesaria combinación entre las ciencias naturales, las sociales y las humanidades (recuerden el concepto de ecología de Morton y la necesidad de unas humanidades ecológicas). Es ya célebre la terminología de Latour que designa el nuevo tiempo como una lucha entre los modernos, que se niegan a abandonar los viejos dualismos, negando los límites biofísicos del planeta y permanecen todavía en el Holoceno y los terrestres (*Earthbound*) que viven ya en el Antropoceno y asumen los límites de Gaia y el Nuevo Régimen climático.

“Para decir las cosas en el estilo de una ficción geohistórica, *Los Humanos* que viven en la época del *Holoceno* están en conflicto con los *Terrestres* del *Antropoceno* “. (Latour, *Face a Gaia*).

Gaia o cómo volver a la Tierra

La hipótesis Gaia es un modelo interpretativo que afirma que la presencia de la vida en la Tierra fomenta unas condiciones adecuadas para el mantenimiento de la biosfera. Según la hipótesis Gaia (cuyo nombre es tomado de la diosa Gaia), la atmósfera y la parte superficial del planeta Tierra se comportan como un sistema donde la vida, su componente característico, se encarga de autorregular sus condiciones básicas tales como la temperatura, composición química y salinidad en el caso de los océanos. Gaia se comportaría como un sistema autorregulado, que tiende al equilibrio. La hipótesis fue ideada por el químico James Lovelock en 1969 siendo apoyada y extendida por la bióloga Lynn Margulis.

La idea gaiana es que la vida hace y deshace en gran parte su propio ambiente. La hipótesis Gaia dice, en esencia, que toda la Tierra en conjunto funciona como una máquina o como un organismo capaz de reaccionar. Es posible que la conclusión filosófica más sorprendente sea que el control cibernético de la superficie

terrestre por organismos no inteligentes, ponga en cuestión la pretendida conciencia inteligente exclusiva de los humanos.

Quizá el mayor obstáculo psicológico en el camino para la aceptación académica de Gaia es la duda implícita que extiende sobre el concepto de exclusividad de la humanidad en la naturaleza. Gaia niega la «santidad» de los atributos humanos. La propia concepción de Gaia es biocéntrica y no antropocéntrica. Es más, la idea de Gaia, hace de la Tierra un planeta especial, un planeta vivo. Frente a la concepción mecanicista, inaugurada por la revolución científica, en la que la Tierra sería un planeta más girando alrededor del Sol siguiendo las inexorables leyes de la física newtoniana y cumpliendo con las leyes de Kepler, la idea de Gaia resalta su singularidad; Gaia no es un planeta más. De nuevo Latour llama la atención sobre este hecho invirtiendo el movimiento del telescopio de Galileo, si éste lo proyecta de la tierra al cielo, la teoría Gaiana lo devuelve a la tierra, “Mientras Galileo, alzando los ojos desde el horizonte hacia el cielo, reforzaba la similitud entre la Tierra y otros cuerpos en caída libre. Lovelock, bajando los ojos desde Marte en dirección a nosotros, *menoscaba* en realidad la similitud entre todos los planetas y esa Tierra tan peculiar que es la nuestra.” (Latour, *Face a Gaia*)

Después de todo, la idea de Gaia, además de ser un término griego, bien pudiera ser una idea griega. Autores con Stephan Harding en su libro *Tierra Animada* (2006), llaman la atención sobre que esta idea se encuentra ya en el *Timeo* de Platón, en el que afirma;

Por tanto, es de resaltar que: este mundo es, de hecho, un ser viviente dotado con alma e inteligencia [...] una entidad única y tangible que contiene, a su vez, a todos los seres vivientes del universo, los cuales por naturaleza propia están todos interconectados. (Platón, *Timeo* 29, 30)

Esta idea del alma de mundo, *anima mundi*, se encuentra no sólo presente en la antigüedad sino en el hinduismo y también en el estoicismo. Una idea similar

mantuvieron Paracelso, Spinoza o Schopenhauer entre otros. La idea de Gaia, que no toda la comunidad científica comparte, bien es cierto, es sin embargo, una idea poderosa precisamente porque es contraria al antropocentrismo, nos devuelve a la Tierra y además dota de sentido a la existencia individual. *Si el Antropoceno es la pregunta, Gaia bien pudiera ser la respuesta*, afirma Jorge Reichmann (*Simbioética*). Necesitamos sentirnos como seres interconectados dependientes del resto de los seres vivos. Gaia nos ofrece esa oportunidad. El ser humano no es una *especie elegida*, por utilizar la expresión de Arsuaga, pero tampoco necesariamente un cáncer o un parásito para el planeta. Da en el clavo, a mi juicio, Marta Tafalla cuando afirma; *No, la especie humana no es un virus, pero el antropocentrismo, el androcentrismo, el capitalismo y el colonialismo sí lo son. (Marta Tafalla, La filosofía ante la crisis ecológica)*.

Somos animales con responsabilidades, y asumirlas es la única forma de sobrevivir. Necesitamos repensar nuestra relación con el resto de los seres vivos creando relaciones basadas en el respeto a su existencia y no en su dominación y explotación. Y obviamente, esto implica replantearnos la forma en la que actuamos, nos desplazamos, la forma en la que nos alimentamos y habitamos el planeta. Acudo otra vez a Riechmann para rescatar la idea de que *necesitamos ecosofías: concepciones filosóficas del mundo acordes con nuestras condiciones de vida en Gaia*.

El futuro o el aula de filosofía

Los y las jóvenes a las que doy clase tendrán cuarenta años en el año 2050, es decir estarán en plena madurez o incluso juventud de sus vidas. En el año 2050, según previsiones de la comunidad científica y cálculos de la propia UMA, la temperatura de Málaga será la que tienen hoy ciudades del norte de África como Trípoli o Tombuctú. La temperatura media será de 39º con una agobiante sensación

de bochorno. La media de día sin lluvia podría acercarse a más de 300 al año, y buena parte del más de un millón de especies en peligro de extinción habrán desaparecido. Ante este panorama, no parece exagerado la alarma o la desesperación, o el nihilismo de una parte de la juventud como tampoco lo es ese fenómeno, este no exclusivo de los jóvenes, al que se le da el nuevo nombre de eco ansiedad. Es cierto que tenemos unas jóvenes generaciones con una preocupante dependencia de las redes sociales y sus *influencers*, a veces en exceso hedonistas y frecuentemente individualistas. Pero también esa misma juventud está bien informada sobre el cambio climático, cada vez adopta más modelos de consumo alternativo, como dietas veganas y vegetarianas. Rechaza frontalmente la crueldad animal y cuesta encontrar algún aficionado a los toros o la caza. Consumen cada vez más ropa y útiles de segunda mano, recicla y utiliza medios de transporte alternativos como los patinetes eléctricos. Obviamente no todos o todas las estudiantes son Greta Thunberg pero su existencia, junto con la de movimientos estudiantiles internacionales con presencia en las aulas como *Fridays for Future* o su movimiento paralelo entre el profesorado, *Teachers for Future*, son motivos para la esperanza.

Desde la clase de filosofía se puede y se debe abordar el desafío medioambiental a mi juicio, exactamente igual que se aborda en las clases de biología, ciencias naturales o economía. Abordar el problema analizando en la historia del pensamiento ese germen antropocéntrico que entendió la naturaleza como un mecanismo inanimado al servicio de una razón instrumental, es a mi juicio, la indispensable aportación de la disciplina filosófica. Nuestra tarea como docentes o futuros docentes, ha de ser, no menos que la del resto de adultos, ser “un buen antepasado”, como señala el filósofo australiano Roman Krznaric, enseñando a pensar a largo plazo en un mundo cortoplacista y señalando, cuales son los orígenes intelectuales que nos han llevado donde estamos.

Para terminar, y puesto que estamos en Málaga, lugar de origen de la ilustre pensadora María Zambrano, quisiera acabar con esas bellas palabras, que aparecen en su artículo “Nostalgia de la Tierra” que si bien, versan sobre cuestiones estéticas, bien pudieran aplicarse a los asuntos que he tratado en esta comunicación. Dice María:

“Pero el hombre está, vive sobre la tierra. En ciertas épocas se olvida de ello, quiere olvidar esta condición inexorable de su existencia; estar sobre la tierra en tratos con un mundo sensible del que no puede evadirse, tal vez por ventura. Cuando todo ha fallado, cuando todas aquellas realidades firmes que sostenían su vida han sido disueltas en su conciencia, se han convertido en «estados de alma», la nostalgia de la tierra le avisa de que aún existe algo que no se niega a sostenerle “ (Obras completas, 2019).

Bibliografía escogida

- Carson, Rachel. Silent spring. The Macat library 2017
- Reichmann, Jorge. Simbioética. Plaza y Valdés, 2022
- Tafalla, Marta. La filosofía ante la crisis ecológica, Plaza y Jaldés 2022
- Campillo, Antonio. Grecia y nosotros, Agada 2023
- Cozar Escalante, Jose Manuel. El Antropoceno, Libros de la catarata, 2019
- Latour, Bruno. Cara a cara con el planeta. Siglo veintiuno, 2017
- Margulis, Lynn. Simbiotic planet , Basic Books 1989
- Lent, Jeremy. Una casa sobre suelo movedizo. Ocho fallos estructurales de la visión occidental del mundo <https://www.15-15-15.org/webzine/2021/03/27/una-casa-sobre-suelo-movedizo-ocho-fallos-estructurales-de-la-vision-occidental-del-mundo/>

Stephan Harding, *Animate Earth* . Green Books Ltd, 2019 Krznaric Roman, *El buen antepasado*, Capitan Swing 2022

Morton, Timothy <https://www.elperiodico.com/es/ciencia/20180924/avance-editorial-pensamiento-ecologico-morton-7051539>